

dole el coro y ayudándole en la escena todos los demás...

Y en éstas y en otras tales, hasta la hora de irse á *correr un largo* á la Alameda de Becedo.

¡Y aquellos niños grandes eran los hombres que sabían conducir un barco á todos los puertos del mundo, y con una plegaria ferviente y una promesa á la Virgen, afrontar cien veces la muerte, con faz serena y corazón impávido, en medio del furor de las tempestades!

¿Ha cantado jamás la poesía cosa más grande y más épica que aquellas *pequeñeces*?



VIII

EL ARMADOR DE LA «MONTAÑESA»

PERFECTAMENTE, señor don Pedro; todo lo que usted me cuenta, todas las noticias que me da, junto con los resultados obtenidos, prueba de nuevo que la *Montañesa* es una finquita más que regular; en lo que no tiene poca parte la mano de su administrador, que la trae y la lleva por esos mares de Dios con una suerte rara. Verdaderamente tiene usted mano de ángel. Hasta los huracanes, una vez empujándole y otras deteniéndole, parece que están á su servicio, á fin de que el buque llegue á puerto en hora de sazón para el negocio de la casa... Que siga unos cuantos años todavía alumbrándole tan buena estrella, y... Á propósito de azares de la mar: ¿persiste usted en hacer marino al único hijo que tiene?

Decía así don Venancio Liencres, comer-

ciante rico y armador de la *Montañesa*, hablando con su capitán, al día siguiente de lo narrado en el capítulo anterior, en el triste y empolvado departamento señorial del mezquino escritorio que tenía en el entresuelo de una casa del Muelle. Rato hacía que estaban solos allí los dos: el comerciante, mal vestido y peor sentado en el sillón de paja de su pupitre, sobrecargado de fajos de cartas sin contestar y de muestras de azúcar, harinas y cacao, y el capitán en el sofá roñoso de enfrente, debajo del retrato de la *Montañesa*, igual al que tenía él en su casa, y de un papel con los *Días de correo á la semana*, clavado en la pared con tachuelas amarillas, sobre un ribete de ligueta encarnada.

Mientras el comerciante hablaba así, manoseaba, con notorio cariño, después de haberle plegado cuidadosamente, el *extracto de cuenta* del último viaje de la fragata, que apresuradamente, y para gobierno suyo, le habían hecho en el contiguo departamento, cuya puerta de comunicación había cerrado el capitán, por encargo de don Venancio, después de entrar por ella.

Bitadura se quedó un poco suspenso con la pregunta del comerciante, tan inesperada como extraña para él. Inesperada, porque era la primera vez que aquel hombre le hablaba de

su hijo; extraña, porque jamás se le había ocurrido que Andrés pudiera seguir otra carrera que la de marino. Por eso, sin salir de su medio asombro, respondió con esta otra pregunta:

—Y si no le hago marino, ¿qué va á ser?

—Cualquier cosa... Todo es preferible á esa carrera de azares, en que el hombre de mejor corazón y de más suerte no puede conseguir jamás lo que logra sin esfuerzo cualquier perulero que no sea marino: la vida de familia. Bien lo sabe usted.

—Cierto es eso—respondió el capitán, devorando un suspiro y frunciendo el entrecejo, como si el comerciante le hubiera acertado en el rinconcito en que él guardaba el único secreto de su corazón.

—Además—añadió don Venancio Liencres, —no se halla usted, con respecto al porvenir de su hijo, en el caso de otros compañeros de profesión: usted, por haber obtenido buenos frutos de su carrera y por no tener más que un hijo, puede darle á escoger entre lo que más le guste.

—Nada le gusta tanto como la carrera de marino—se apresuró á replicar el capitán.

—Ó escoger usted mismo—continuó el comerciante, fingiendo no haber oído la réplica—lo más conveniente para él; porque las inclinaciones de los niños obedecen, por lo común, á

caprichos del momento..., á fantasías pasajeras de la imaginación, al contagio de los entusiasmos de otro... Ya usted me entiende.

—Sí que le entiendo, señor don Venancio— dijo Bitadura con una fuerza de atención y una seriedad poco imaginables en el descuidado marino que el día antes bailaba la sopimpa en su casa con Madruga;—pero puesto á escoger carrera para Andrés, ¿qué escojo? ¿La de picapleitos?

—¡Bah!

—¿La de matasanos?

—¡Puf!

—¿La de procurador?... ¿La de escribano?... ¿La de catedrático?...

—¡Horror!... Nada de eso, don Pedro amigo, nada de eso: eso es la peste del mundo, y, además, una miseria... ¡Abogados, médicos..., curiales, literatos! ¡Puá!... Bambolla y hambre... Á cosa más sólida debe aspirar un padre para su hijo... Y ríase de los que le digan que no sólo de pan viven las gentes; que esto suelen decirlo los que nunca han logrado hartar el estómago. ¡Pan, pan ante todo, mi señor don Pedro!; es decir, pesetas, ¡muchas pesetas!, que lo demás, ello solo se viene á la mano. Mire usted, hombre: mi padre guardaba ganado en el monte, y mi madre sallaba maizales á jornal; yo no tuve otros estudios que los que pudo darme el

maestro del pueblo: las cuatro reglas, una bastardilla mediana y el Catecismo. Pues con esto solo y mucha paciencia, y hoy barriendo el almacén y andando á escobazos con los ratones que mordían los sacos de harina, y después haciendo casi lo mismo en el escritorio, y luego corriendo las hojas, y copiando algunas cartas y llevando muchas al correo, y ¡aguantando y aguantando! y ¡adelante y adelante!, hoy dependiente, mañana un poquito más, al otro día mucho más alto... aquí me tiene usted. Me dieron la mujer que pedí, cuando se me antojó casarme; cónsul del Tribunal de Comercio he sido, no sé cuántas veces; alcalde, siempre que me ha dado la gana, y no gasto coche porque no le necesito, y el único que hay en el pueblo no sale más que los días que repican fuerte. ¿En qué se me conoce que no he resobado de muchacho los bancos de las aulas con el trasero?; ó, por lo menos, ¿qué diferencia de cultura halla usted entre las dos docenas de personas que pasan aquí por principales, y yo? Quiero decir con esto, que el comercio es el alma de los pueblos, la miga de todas las cosas, la mejor y más digna carrera para la juventud, con doble motivo cuando ésta no necesita pasar por las estrecheces por que yo pasé para llegar á donde he llegado. ¿Me entiende el señor don Pedro?

El señor don Pedro entendía perfectamente

al señor don Venancio; y porque le entendía, se permitió apuntar algunas observaciones no desprovistas de fundamento, tales como la del riesgo de pasarse la vida empeñado en las ingratas tareas del escritorio, y llegar á viejo sin haber salido de pobre, ni visto el mundo ni aprendido cosa alguna de lo que hay ó de lo que se enseña en él.

—¡Desatinos, desatinos!—decía don Venancio Liencres á cada reparo que, á su manera, le hacía Bitadura, deseoso, evidentemente, de ponerse de acuerdo con el modo de discurrir del comerciante; el cual remachó sus argumentos con la fuerza de este otro:—El comercio de Santander es, hoy por hoy, pan de flor: poco, pero bueno; y oro molido llegará á ser, si la codicia no nos ciega, si no hacemos locuras... como esa que se ha echado á volar estos días, con referencia á no sé quién que habló del caso no sé dónde: la de que podrían ser convenientes un camino de hierro entre Alar y Santander, á imitación del que se está haciendo entre Aranjuez y Madrid, y una línea de vapores entre este puerto y la Isla de Cuba. ¡Caminos de hierro! ¡Vapores! Aventuras de loco; calaveradas de gente levantisca que tiene poco que perder, y quiere probar fortuna con caudales de los incautos, para venir á parar á aquello de «aquí yace un español que estando bueno quiso estar

mejor». Y vuelvo á mi tema: si nos arreglamos con lo que tenemos, y no nos lanzamos en aventuras descabelladas, como esa del ferrocarril y de los vapores (que, á Dios gracias, no pasa de una idea de estrafalario, comentada por cuatro desocupados), el maravedí que aquí se siembre en el comercio, con un poco de cariño y de inteligencia, da la peseta bien cumplida en el primer agosto. ¿Se va usted enterando, señor don Pedro?

Don Pedro se iba enterando, en efecto; y por lo mismo, se atrevió á decir al comerciante que, aun aceptando como el Evangelio todo lo que exponía, quedaba la dificultad material de poner á Andresillo en ese rumbo. ¿Qué entendía Bitadura de esas cosas, aunque andaba tan arrimado á ellas por razón de su oficio? ¿Quién le daba la mano? ¿Qué valedores tenía? ¿Á dónde se arrimaba su hijo? ¿Por qué puerta le metía?

—Vamos á eso—respondió don Venancio, que hablando de aquellas cosas estaba en su púlpito natural, porque no entendía pizca de otras, amén de que, por las trazas, había tomado con empeño el asunto de la carrera de Andrés.—Entrégueme usted su chico. Yo no tengo más que dos hijos: el varón será de su edad, próximamente: pienso traerle al escritorio en cuanto pase el verano. Que trabajen juntos y se hagan buenos amigos: un mismo estímulo

puede animar á los dos, pues si el hijo de don Venancio Liencres trabajaría en la viña de su padre, en esa viña tiene muy buenas cepas en producto el padre de Andrés Colindres. Que pasaban los años, y los niños aplicados llegaban á comerciantes entendidos, y usted y yo á retirarnos á descansar: aquí quedaba su caudal de usted, acrecentado por los intereses ó por el beneficio de los negocios si había preferido usted que ese caudal pasara de la humilde categoría de una cuenta corriente con interés, á la más respetable de un socio comanditario... ¿Acaba usted de comprenderme, señor don Pedro?

—Sí, señor—respondió éste, sin disfrazar el vivo interés con que trataba el punto.—Pero y si, después de metido en el comercio, resulta que no le toma ley ó no sirve para el paso, ¿qué hago yo de mi hijo?

—Pues, ¡canastos!—replicó el comerciante:—si después de hecho marino resulta que se marea, ó se ahoga, ó sale un perdido y vende el barco, ¿hará usted de él cosa mejor que un pinche de escritorio, holgazán y torpe, como hay muchos?...

—Tiene usted razón, señor don Venancio—respondió con prontitud Bitadura, que no disimulaba jamás sus impresiones.

—¡Vaya si la tengo!—exclamó el comercian-

te repantigándose en el sillón, completamente satisfecho de su triunfo, aunque sin extrañarse de él.

—Creo que hemos de entendernos—añadió Bitadura levantándose.—Por lo pronto, le agradezco á usted con todo corazón el interés que se toma por la suerte de mi hijo, y la oferta que me hace... No tardaré en responderle con mayor claridad... No lo extrañe usted. Las cosas que mejor me suenan son las que más quiero yo ver de lejos: se marca mejor así el rumbo que traen, que atracándose á ellas.

En esto, oprimía con su diestra la mano que le había tendido el comerciante; y como estaba algo conmovido, al decir por despedida: «á la orden de usted, señor don Venancio», don Venancio vió las estrellas, por una razón que se le alcanzaría al más torpe al observar cómo, momentos después de salir Bitadura, se soplaban el comerciante los dedos cárdenos y como pegados unos á otros; detalle que prueba, á lo sumo, que es un poco peligroso dar la mano á hombres como aquel, si están algo conmovidos.

Pero ¿por qué mil demonios se interesaba tanto el señor don Venancio Liencres por la suerte de Andresillo? ¿Qué se le daba al rico comerciante, duro de epidermis, como las talegas que amontonaba en su caja de hierro, de que al hijo del capitán Bitadura le tocara la lo-

tería ó se le comieran los tiburones? ¿De cuándo acá reparaba tanto el hombre del daca-y-toma en que los marinos gozaban poco las delicias del hogar doméstico? ¿Por qué se mostraba ahora tan sensible á esas *pequeñeces*, de las cuales jamás le había oído hablar, como si las considerara género de mal comercio para su corazón? ¿Por qué en lo referente á ellas discurría lo mismo que Andrea?... ¡Tate!... ¡Andrea!... Este nombre fué un punto luminoso en la obscuridad de los razonamientos del capitán, mientras iba camino de su casa... «¿Apostamos dos cuartos», se dijo, «á que mi mujer ha andado conspirando por aquí? ¿Serán de ella también las razones de conveniencia que don Venancio me ha expuesto, combatiendo mi propósito de hacer marino á mi hijo? De cualquier modo, y sean de quienes fueren esas razones, están muy en su lugar y yo no debo desatenderlas porque no se me hayan ocurrido á mí.»

Efectivamente, la capitana había conspirado contra los planes de su marido en el escritorio de don Venancio Liencres. Cada pena negra que pasaba, y pasaba muchas la infeliz durante las larguísimas ausencias de su marido, temiendo por su vida entre las veleidades del mar ó los rigores de extraños climas, y ¿por qué ocultarlo? por su cariño de esposo amante (que lo

era en verdad y á toda prueba, el bueno de Bitadura); cada pena de estas, repito, que pasaba Andrea, volvía los ojos del alma á su hijo, y otra pena mayor le resultaba de ello, al considerar que á las ausencias del capitán habría que añadir pronto las del *agregado*... ¡y las dos ausencias á un tiempo!... ¡y ella sola, enteramente sola, en su casa, temiendo por la vida de los dos! Muchas veces había intentado hablar con este tema á su marido, y hasta conseguido fijar su atención por unos instantes; pero de allí no pasó nunca, porque Bitadura, que todo lo metía á barato, le salía al encuentro con una cuchufleta, pegándola una papuchadita y mordiéndola luego los carrillos, ó tapándole la boca con un beso, después de haberla dado tres vueltas en el aire, entre sus brazos de hierro, en la misma postura que coloca un padrino á su ahijado mientras el cura le pone la sal en los labios. Pero Andrés iba creciendo, se acercaba la hora de decidirse, y Andrea seguía temiendo lo peor. Se armó de voluntad después de meditarlo mucho, y tres días antes de la llegada de su marido pidió una audiencia en el escritorio á don Venancio Liencres; y con esa sencilla y poderosa elocuencia del corazón, tan común en todas las madres cuando abogan por la causa de sus hijos, expuso al comerciante sus temores, sus deseos y sus servientes súpli-

cas para que, guardando, mientras fuera posible, el secreto de aquellas gestiones, tratara de desarraigar en su marido la idea que tanto la atormentaba á ella...

Don Venancio Liencres era un hombre completamente insignificante; *intus et foris*; pero, en los casos dudosos, tenía el buen instinto de inclinarse á lo mejor, porque su madera, aunque tosca, era sana; además, como todas las nulidades de suerte, que son hechas de esta manera, careciendo de materiales propios para hacer algo regular siquiera, tomaba los que le ofrecían en cualquiera parte; y los tomaba con amor porque se pagaba muchísimo de que las gentes le tuvieran en algo, haciendo algo que no hicieran los demás. Estimaba cordialmente al capitán; conocía de vista á su hijo, y hasta le parecía guapo y dispuesto; tuvo en mucho aquel acto de consideración hacia él, de una mujer tan guapota y honrada como la capitana; parecióle naturalísimos sus temores y muy fundados sus deseos, y aun se conmovió un poquillo con sus sentidas palabras; y no sólo la prometió, de todas veras, servirla en cuanto deseaba, sino que, de cuenta propia, llegó con su amparo hasta donde ha visto el curioso lector; y todavía hubiera llegado más allá, si mayor esfuerzo se hubiera necesitado para conseguir, con la virtud sola de sus razonamientos

(pues cabalmente el razonar bien era la manía del señor don Venancio Liencres), el triunfo sobre la obstinación del capitán.

Esta vez fué Bitadura quien sacó, tan pronto como llegó á casa, la conversación sobre la carrera de Andrés; y como la capitana no ignoraba de dónde venía su marido, á las primeras palabras de éste se le puso la cara que ardía. Esto la delató, y Bitadura se hizo el enfadado; pero se le veía la mentira por el rabillo del ojo y por los extremos de la boca. Andrea, haciendo como que no veía nada, confesó el hecho con todos sus pormenores, y un aire de resignación bastante falsificado también.

—¡Nos veremos sobre ese particular!— exclamó Bitadura, paseándose por la sala, siempre de espaldas á su mujer, braceando mucho y taconeando más.— ¡Ir con los secretos de familia á casa de los vecinos!... ¡Eso no se hace!

Andrea, que le miraba á hurtadillas y le vio tan empeñado en no dar la cara, comenzó á pasear detrás de él, pero muy cerquita, y le dijo, según iba andando, con acento de estudiada humildad:

—Pues, hijo, si tan mal he obrado creyendo acertar, ya lo sabes: el cuchillo eres y la carne soy; conque corta por donde quieras.

—¡Sí, señora!— respondió Bitadura volvién-

dose de pronto.—¡Sí que cortaré!... ¡Y ahora mismo! ¡Y mucho! ¡Venga usted acá! ¡Siéntese usted aquí!

Y sentándose él en el sofá, la sentó á ella sobre sus rodillas.

—¡Míreme usted á la cara!... ¡Venga esa pitorruca!

Y le dió un mordisco en la nariz.

—¡Vengan esas orejinas!

Y se las mordió también.

—Y ahora, para acabar primero, vaya todo este brazado de carne por el balcón abajo.

Y tomó á su mujer en brazos, como solía. Púsose enfrente del balcón, y diciendo: «¡á la una! ¡á las dos! ¡á las tres!», columpiándola al mismo tiempo, giró de pronto sobre sus talones hacia dentro, y la estampó en la cara media docena de besos.

—Toma... por habladora... por cuentera... y porque me da la gana.

Andrea se reía como si la hicieran cosquillas, y tomaba aquellos castigos tan dulces por señales de buen agüero... hasta que Bitadura le dijo que todo se haría como ella deseaba; y se trocaron los papeles.



IX

LOS ENTUSIASMOS DE ANDRÉS

ENTRE tanto, Andresillo caminaba hacia la calle Alta, deteniéndose con todos los conocidos que hallaba al paso para hablarles de la llegada de su padre, de lo que le había oído contar sobre su viaje, y algo también de la comida del día antes, y muy particularmente de las cosas de Sama, Ligo y demás comensales. ¡Muchísimo se había divertido con ellos! Iba á la calle Alta para ver qué tal se las arreglaba Silda en su nueva casa. Consideraba á la huérfana como protegida suya, y se interesaba por su suerte.

Al llegar enfrente del Paredón, vió á Colo que subía de bajamar, con dos remos al hombro, y en una mano un balde á medio llenar de *macizo*. Colo era aquel sobrino de D. Lorenzo, el cura loco, de quien ya se ha hecho mención. Andrés le preguntó por la casa de tío Me-

chelín, y notó que Colo estaba de muy mal humor. Antes que él pensara en preguntarle por la causa de ello, le dijo el marinero, echando abajo los remos:

—Hombre... ¡si esto no es pa que uno pierda hasta la salud!...

—¿Qué te pasa?—le preguntó Andrés.

—Ese hombre, ¡toña!... mi tío el loco, que no hay perro, ¡toña!, que le saque de la bodega ese hipo, ¡mal rayo!; y esta mañana, malas penas, me voy pa la lancha, me coge á la puerta de casa, y ¡toña! que me ha de manipular en el sustituto... ¿no es eso, tú?; ¿no se dice asina?... Ello es lo que hay que hacer pa atracarse á ese colegio en que enseñan esos latines de... ¡mal rayo!... ¡Míá tú, hombre, qué sé yo de eso, ni pa qué me sirve!

—Para maldita la cosa—dijo Andrés.

—Pus dale que ha ser; y sin más tardanza, en cuanto se acabe este verano... Conque yo me cerré á la banda... y sin más ni más, el burro de él ¡toña! me largó dos estacazos con aquel bastón de nudos que él gasta... ¡Mal rayo!... Pero ¿pa qué, hombre? Vamos á ver, ¿pa qué quiero yo eso?; ¿no juera mejor que me echara el coste del estudio en unos calzones nuevos?... Pus porque le dije esto mesmo, me alumbró otro estacazo. ¿No es animall... Dice que hay una... ¿cómo dijo?... ello es cosa de

iglesia... ¡Ah! capellanía... Una capellanía que es de nusotros; y que si yo allego á ser cura, me embarbaré de betún. ¡Como no me embarbe, toña! De palos me embarbaré yo; porque ahora resulta que el señor que enseña esos latines, da más leña entodía que el animal de mi tío... ¿Cómo dicen que se llama ese maestro?... Don, don...

—Don Bernabé—apuntó Andresillo, que ya le conocía de oídas.

—Eso, don Bernabé...

—¡Mucho palo te espera allí!—dijo Andrés con candorosa ingenuidad.—¡Mucho palo!

Con esto y poco más, siguieron los dos chicos hacia arriba; y al pasar por delante del portal de tío Mechelín, dijo Colo á Andrés:

—Esta es la casa.

Y como la suya estaba en la otra acera y al extremo de la calle, despidióse y apretó el paso.

En esto salió de hacia la bodega Silda, acompañando á Muergo. Muergo llevaba ya puestos los calzones del padre Apolinar; pero sin otro arreglo que haberles recogido él las perneras á fuerza de remangarlas; y así y todo, le bajaba la culera hasta los tobillos. Con esto, el chaquetón de marras por encima y las greñas revueltas coronando el conjunto, el hijo de la Chumacera parecía un fardo de basura que andaba solo.

—Aquí llevo una camisa... ¡ju, ju!—dijo á Andrés el monstruoso muchacho, golpeándose con la mano derecha una especie de tumor que se le notaba en el costado izquierdo.

Andrés le miró asombrado, y Muergo apretó á correr calle abajo. Silda dijo á Andrés en seguida, aludiendo á Muergo:

—Quería yo que le dieran una camisa, y ellos no querían, porque Muergo no la merece y su madre no tiene vergüenza; pero le encontré esta mañana cerca del Paredón, y le traje á casa para que le viera su tía sin camisa, y le dió una vieja de su tío. Él no quería venir; pero luego vino, y entonces no le querían dar la camisa; pero yo me empeñé, y se la dieron; pero si la echa en aguardiente y le ven sin ella, no le darán más ni le dejarán volver aquí... Su madre es una borrachona, y él también sorbe mucho aguardiente. ¡Qué feo es y qué puerco! ¿verdad, tú?... Entra un poco, verás qué bien se está aquí... Ya no pienso volver á la Marucatan pronto, ni al Muelle-Anaos... Se hace una allí muy pingona... Pasa luego este portal, para que no te encuentren las del quinto piso si bajan; y no te pares nunca mucho á esa puerta de la calle, porque te tirarán inmundicias desde el balcón. Son muy malas, ¡pero muy malas!... ¡Ayer armaron bureo porque á tío Mocejón le dijeron en el Cabildo que me había cas-

tigado mucho, y que si no me dejaban en paz los de su casa, se verían con la Justicia... Son muy malas, ¡pero muy malas!

Tía Sidora, que andaba trajinando por adentro, salió, al rumor de la conversación, hasta la mitad del carrejo, y Silda la dijo señalando á Andrés:

—Éste es el c...tintas bueno que me llevó á casa de pae Polinar.

Se alegró mucho la marinera de conocerle, y le ponderó la acción; y como el muchacho le pareció muy guapo, le dijo lo que sentía, con lo que Andrés formó un gran concepto de tía Sidora, aunque se puso muy colorado con los piropos. Ella no conocía personalmente al capitán de la *Montañesa*; pero su marido sí, y muchas veces la había hablado de él, ponderando sus prendas de marino y su *parcialidad* de genio: era gran persona el señor don Pedro, y, además, callealtero de origen: otra condición muy digna de tenerse en cuenta por la tía Sidora para estimar al capitán y alegrarse de que hubiera sido su hijo quien se apiadó de la niña desamparada en el Muelle-Anaos, y la llevó á casa de persona capaz de hacer por ella lo que hizo luego el pae Polinar. Le trataron mal, muy mal, las desvergonzadas de arriba, cuando fué á hablarlas sobre la niña que ella y su marido recogieron después, como la hu-

bieran recogido antes, si no hubieran mirado más que al buen deseo; pero había otras cosas que considerar, y se aguantaron. Ahora, gracias á Dios, estaba Silda en puerto seguro, y el Cabildo había puesto en los casos á las deslenguadas sin vergüenza, para que no intentaran impedir con sus malas artes que hicieran otros por la desdichada lo que ellas no quisieron hacer...

—Mira la mi alcoba—dijo Silda á Andrés, interrumpiendo la retahila de tía Sidora.

La alcoba, libre de estorbos y muy barrida, contenía una cama muy curiosa, y una percha vieja con algunas prendas de vestir de tía Sidora.

—Aquí se colgarán también los sus vestidos—dijo ésta,—en cuanto los tenga listos. Ahora le estoy arreglando uno de una saya mía de percal, casi que nueva; y, si Dios quiere, hemos de mercar algo de tienda cuando se pueda, porque no se puede todo lo que se quiere. En remojo tengo lienzo para dos camisucas, que es lo que más falta le hace; porque vino la enfeliz, pa el cuasi, en cuerucos vivos.

Desde allí pasaron á la salita, donde estaba la saya de tía Sidora, hecha pedazos, sobre una silla cerca de un montón de filástica deshilada. Aquellos retazos eran las piezas del vestido de Silda, que había cortado y se disponía á coser

tía Sidora. Silda había asistido con mucha atención á aquellas operaciones, y tía Sidora esperaba hacerla tomar apego á la casa; enseñarla, poco á poco, á coser, y el Catecismo; hacer lumbre, arrimar siquiera la olla, barrer los suelos; en fin, lo que debía aprender una hija de buenos padres, que había de ser mañana una mujer de gobierno. En opinión de tía Sidora, Silda se había dado á la bribia desde la muerte de su padre, porque malas mujeres le habían hecho la casa aborrecible. No sucedería eso en adelante: la niña saldría cuando y como debiera salir, y pasaría en casa el tiempo que debiera pasar; pero ni en casa ni en la calle tendría otras ocupaciones que las propias de sus años y de su sexo.

Mientras decía todas estas cosas, á su manera, la tía Sidora encarada con Andrés, Silda, con su faz impasible, miraba tan pronto á éste como á la marinera, y Andrés, atentísimo y hasta impresionado con la locuacidad expansiva y noblota de la pescadora, no apartaba los ojos de ella sino para fijarlos un momento en los serenos de Silda, como diciéndola: «¿lo oyes bien?» Al fin, no se contentó con la elocuencia de su mirada, y acudió á la de las palabras, enderezando á la niña, muy serio y con gran energía, las siguientes:

—Te digo que no tendrás vergüenza si vuel-

ves al Muelle-Anaos y á arrimarte á ese indecente de Muergo.

—Al Muelle-Anaos—le interrumpió tía Sidora,—ya está ella en no volver... ¿verdá, hijuca?... Y por lo tocante á Muergo, según él se porte, así nos portaremos con él... ¿No es eso, venturaúca de Dios?... Pero ¿qué mil demontres habrá visto esta inocente en ese espantajo de Barrabás, pa tomarse tantos cuidaos por él?... Pa mi cuenta, es de puro móstrico que le ve... ¿Verdá, hijuca?

Silda se encogió de hombros, y preguntó á Andrés si iría á la calle Alta cuando las fiestas de San Pedro. Andrés respondió que puede que sí, y tía Sidora le ponderó mucho lo que había que ver entonces y lo bien que se veía desde la puerta de su casa. Habría hogueras y peleles, y mucho bailoteo; tres días seguidos, con sus noches, así; y en el del santo, novillo de cuerda. Sartas de banderas y gallardetes de balcón á balcón. Las gentes del barrio, sin acostarse en sus casas, comiendo en la taberna ó á la intemperie, y triscando al son del tamboril. La calle, atestada de mesas con licores y buñuelos. La iglesia de Consolación, abierta de día y de noche; el altar de San Pedro, iluminado, y la gente entrando y saliendo á todas horas. Pero tan bien enterado estaba Andrés de lo que eran aquellas fiestas, como la misma

tía Sidora, porque no había perdido una desde que andaba solo por la calle.

Después examinó con muchas ponderaciones una sedeña de bahía, que estaba colgada de un clavo. ¡Aquello se llamaba un aparejo de veras, y no el cordelillo que él tenía, con unas tanzas de poco más ó menos, y unos anzuelos de chicha y nabo! Tía Sidora, que le vió tan admirado de aquello poco, fué por el cesto de las artes, que su marido no había llevado á la mar, porque estaba á sardina, que se pesca con red. Andrés había visto muchas veces aquellos aparejos secando al balcón ó amontonados en el cesto, pero devanados. Tía Sidora le explicó el destino y el manejo de cada uno. Los cordeles de merluza, del grueso de la cabeza de un alfilerón gordo, con su remate fino y un anzuelo grande á la punta. El palangre para el besugo: más de ochenta varas de cordel lleno de anzuelos colgando de sus *reñales* cortos; de palmo en palmo, un reñal. Las cuerdas de bonito, compuestas de tres partes: la primera, y la más larga, un cordel que se llamaba *aún*, doble de gordo que el de la merluza; después, una cuerda más fina, y después la sotileza de alambre, con un gran anzuelo. Se encarnaban los anzuelos del besugo y el de la merluza, con *carnada* de sardina, generalmente, y en el del bonito se ponía un engaño

cualquiera: por lo común una hoja de maíz, que no se deshacía en el agua, como el papel. Para llevar á la pesca las cuerdas del besugo, había una *copa*, especie de maserita, próximamente de un pie en cuadro, con las paredes en talud muy abierto, como la que tía Sidora enseñó á Andrés, porque la tenía á mano. Á medida que se encarnaban los anzuelos, se iban colocando en el fondo de la copa con los reñales tendidos sobre las paredillas, y el cordel recogido sobre los bordes. Así se llevaba á la mar este aparejo, cuya preparación exigía bastante tiempo, porque los anzuelos no bajaban de doscientos. A veces se trababan cien besugos de un golpe. La merluza se pescaba *al garete*, casi á lancha parada, y á una profundidad de cien brazas poco más ó menos; el besugo, pez bobo, se trababa él por sí mismo, dejando tendida la cuerda con los anzuelos colgando; el bonito, *á la cacea*, á todo andar de la lancha á la vela. Era un animal voraz; y se tragaba el engaño con tal ansia, que á veces salía trabado por el estómago. Para todo esto, había que salir muy afuera, ¡muy afuera!, y se daban casos de no volver los pescadores al puerto en dos ó tres días, bien por tener otros más próximos para pasar la noche, ó por obligarles á ello algún repentino temporal. La sardina, que venía en *manjuas* enor-

mes, se ahorcaba por las agallas en la red, atravesada delante. Esto bien lo sabía Andrés, igual que el manejo de la guadañeta para maganos en bahía; por lo que la afable marinera no se le explicó.

Andrés no pestañeaba oyendo á tía Sidora, que, por su parte, se gozaba en el efecto que sus relatos causaban en él.

—¡Dará gusto eso!—exclamó relamiéndose el muchacho.

Y confesó á tía Sidora que siempre le había encantado el pescar; pero que nunca había pescado mar afuera, ni siquiera entre San Martín y la Horadada. Las más de las veces en el Paredón del Muelle-Anaos; pero que fuera en el Paredón, que fuera en bahía con el bote de Cuco, siempre panchos, ¡en todas partes panchos!... ¡nunca una *llubina*, ni siquiera una *porredana* que pesara un cuarterón! Así es que tenía muchas ganas de ser mayor para poder alquilar, á cara descubierta, con otros amigos, una barquía y hartarse de pescar de todo. Esto, mientras no empezara á navegar; porque en navegando, tendría bote y marineros de sobra con los de su barco, cuando estuviera en el puerto. Porque él iba á matricularse en náutica muy pronto, como había vuelto á decirselo su padre el día antes, mientras comían. En fin, todo lo que sabía y pensaba lo dijo allí,

correspondiendo á las bondades que tía Sidora había tenido con él, y persuadido de que, tanto la marinera como Silda, le escuchaban con sumo interés; y era la verdad... Como que tía Sidora le ofreció de corazón, un poco después, pan del día y una sardina asada, lo cual rehusó Andrés muy cortésmente. Pero al despedirse, ofreció volver á menudo por allí.

Cuando llegó á casa, le dijo su madre, comiéndole á besos, que ya no sería marino. La noticia, por de pronto, le dejó estupefacto; pero antes de averiguar si le alegraba ó le entristecía, y de preguntar á qué pensaba dedicarle su padre, pensó si debería volver inmediatamente á casa de tía Sidora para contar el suceso, ó dejarlo para otro día.

Porque ¡como él había dicho allí que iba á ser marino!...



X

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYLS"

DEL PATACHE Y OTROS PARTICULARES

1940, 1955 MONTERREY, MEXICO

EL negocio de Andrés caminaba en posta por la nueva senda en que le habían encarrilado la conspiración de la capitana y la elocuencia del señor don Venancio Liencres. Bitadura emprendería otro viaje á la Isla de Cuba en todo el mes de julio, y Andrea se había propuesto que, para cuando se ausentara su marido, estuviera preso Andrés con algún compromiso, por pequeño que fuera, á los planes del comerciante, aceptados al fin terminantemente por el capitán. Con los aires de la ausencia cambian mucho los pensamientos de los hombres; que son mudables de suyo; y, «por si acaso», desde el mismo día en que quedó acordado entre Bitadura y su mujer que Andresillo sería puesto á las órdenes de don Venancio Liencres para que fuera haciendo de él un comerciante, se le dió un maestro que en lección particular le repasara las